

Dionisos en Transilvania

*Está encerrado en la cárcel
porque quiere, porque puede y porque sabe
esta encerrado en la cárcel del cante
él mismo tiene las llaves
abre y cierra cuando quiere,
porque quiere, porque puede y porque sabe
es el propio carcelero de la cárcel de su cante
y entra y sale cuando quiere
porque quiere, porque puede y porque sabe....*

Hay mundos que, sin lugar a dudas, son de otro mundo. Mundos de difícil clasificación o de dudosa influencia, mundos tan feroces como confortables, y otros de los que es imposible retornar ilesos porque se nutren de los ecos de nuestra infancia. Los hay que nos hacen navegar por los acontecimientos con la mirada fija en el horizonte mientras las sirenas nos arrastran hacia el abismo y los que no parecen mundos sino pequeñas islas imperceptibles que flotan a nuestro alrededor sin que les prestemos apenas atención.

Los artistas son cazadores de mundos de estreno y prefieren asaltarlos a pelo, sin mucho conocimiento. Sentir cómo se les abre el suelo ante cada pisada, cómo se levanta el viento a su alrededor. Es su peculiar manera de afilar la intuición, de ejercitar los reflejos para usarlos más adelante, cuando sean necesarios. Así ponen a prueba todo lo aprendido en mundos pretéritos. Rastreadores centrífugos de obsesiones, se arriesgan lejos de sí para encontrar las claves que reinician el ciclo de la creación. Estos buscadores de motivos, irredentos seductores, sufrientes bajo el signo de **Apolo**, no tendrán descanso **si no** es en el fulgor efímero de cada hallazgo.

Hay artistas, sin embargo, que son un mundo en **sí** mismo. Que no necesitan encontrar más universo que el suyo propio desde el día que, sin billete de vuelta, se perdieron en su mismo centro. Artistas sometidos a una fuerza centrípeta de las pasiones cuya velocidad de giro los acerca aún más a su propio enigma. Adictos a su propio vino, viven atrapados en el gozo de la creación, son los carceleros de su lúdico encierro, cautivos de su libertad, potros que cabalgan en el interior de su propio núcleo. Dionisos que transitan el arte con la naturalidad de un torrente, sin más reglas que las de un deseo inaprensible.

Los que hemos tenido la suerte de compartir esa aventura con Manolo Belzunce lo reconocemos entre estos últimos, Fructuoso no me dejará mentir. Verlo trabajar es una paradoja reveladora donde nada parece tener importancia, y ninguna textura, forma o color tiene un porqué razonable. Sin embargo y ante nuestros propios ojos, todos y cada uno de los elementos se acoplan como un puzle para desvelar en un golpe de magia, una imagen brillante, intensa y refrescante. En una entrópica labor, el artista juega con su límite. Fuerza las combinaciones hasta hacerlas imposibles sometiéndolas a un “tour de force” sin ambages. Manolo acomete cada obra como un druida, consciente de que los sapos secos, la sangre coagulada y las hojas de encina cuajarán finalmente en un filtro

que altere nuestra consciencia. Un ritual alquímico con ecos de inframundo que nos pone a la par del artista y de su imprevista visión del mundo, de su mundo. Puede sonar oscuro pero en un extravagante milagro todo desemboca en un universo lúdico, irónico y lleno de ternura. En una orgía estética, en un canto a la vida.

Los collages y ensamblajes inéditos que se presentan en esta exposición no han sido creados como una unidad, sino que pertenecen a diversas etapas de su trayectoria. Son huérfanos que quedaron relegados en el fondo del estudio y que, en esta ocasión, se reencuentran para reivindicarse como una serie transversal que ha cabalgado el tiempo, arrastrando sedimentos de todas las demás. Esta exposición es la prueba empírica de la extrema coherencia que subyace en su bacanal creativa, del involuntario rigor que emana de su impulso vital.

Belzunce prefiere dividir su tiempo en series, medirse con los clásicos, homenajearlos. Pero esa es realmente una cortina de humo para recién llegados. Me atrevería a asegurar que sus referentes no están específicamente en los museos, sino **más** bien en la historia del rock, en el cine de terror serie B, en la literatura japonesa y en los legendarios anarquistas del boulevard Saint Germain. Si hay un mito que fascina especialmente al artista es el de Drácula, al que le ha dedicado buena parte **de** su creación cinematográfica. Su interés por el vampiro viene de la pasión de este por el amor y la vida eterna, por la irrefrenable necesidad de embriagarse con el fluido que bombea la vida. Con él comparte el secreto de la eterna juventud. A pesar de esas relaciones con el lado oscuro, el artista nunca ha firmado un pacto con el diablo porque él no se compromete con usureros, eso lo aprendió muy joven de Brassens y Ferré, pero sí que baila cada amanecer el rhythm & blues de sus satánicas majestades, así evita que el tiempo se detenga sobre su piel.

Belzunce es un semidiós votivo que alza una ofrenda en cada obra para conjurar la tragedia. Un artista sin generación que la toma prestada de sus amigos para llevarlos a rastras hasta la fuente de los caprichos. Un sátiro mitológico que llega en Talgo sin previo aviso. Uno de sus mayores empeños es mantener el pacto que todos hicimos con la naturaleza en nuestra **más** tierna infancia, y que él se niega a traicionar para agravio de los Apolíneos. A veces llama y hay que dejarlo todo, enfilarse la autovía hacia el atardecer cantando a coro “Aimer à perdre la raison” para tomar copas de yate en las tabernas de Transilvania.

Ángel Haro, enero de 2016